

# Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO  
XVIII

Redacción y Administración  
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales  
@ 7.00 al año.

50 ejemplares semanales  
@ 1.25 cada semana.

Nº.  
850

## SANTORAL

Dom. 2 XX después de Pentecostés. Los santos Angeles custodios y los mrs. Cirilo y Secundario.  
Lun. 3 Santa Teresa del Niño Jesús y los mrs. Dionisio, Fausto y Cayo.  
Mart. 4 San Francisco de Asís y los mrs. Marcos y Marciano.

Miérc. 5 Santos Placido, Marcelino y Marciano mrs.  
Juev. 6 Santos Bruno, Román y Magno obs.

CUARTO CRECIENTE a las 2.45 p. m.

Viern. 7 Stos. mrs. Marcelo y Apuleyo y Justina vg. y mr.  
Sáb. 8 Santa Brígida, Demetrio, Néstor. y Pedro mrs.

### Domingo XX después de Pentecostés

Evangelio según San Juan—Cap. IV.

En aquel tiempo había en Cafarnaún un señor de la corte, que tenía un hijo enfermo. Este tal, habiendo oído decir que Jesús venía de la Judea a Galilea, fué a encontrarle, suplicándole que bajase desde Caná a Cafarnaún a curar a su hijo que estaba muriéndose. Pero Jesús le respondió: Vosotros si no veis milagros y prodigios no creéis. Instábale el de la corte: Ven, Señor, antes que muera mi hijo. Dícele Jesús: Anda, que tu hijo está bueno. Creyó aquel hombre a la palabra que Jesús le dijo, y se puso en camino. Yendo ya hacia su casa, le salieron al encuentro los criados con la nueva de que su hijo estaba ya bueno. Preguntóles a qué hora había sentido mejoría. Y le respondieron: Ayer a las siete de la mañana le dejó la calentura. Reflexionó el padre que aquella era la hora misma en que Jesús le dijo: Tu hijo está bueno; y así creyó él y toda su familia.

### Aplicación moral

Tomemos nosotros para nuestro provecho el dulce reproche de Jesús al Régulo cafarnaita, y sabremos creer racionalmente a Jesucristo y a su Iglesia, sin pretensión de mas demostraciones prodigiosas; ya hemos podido observar repetidas veces la resistencia del divino Maestro a usar de su Omnipotencia siempre y cuando el capricho de sus contradictores lo reclamaba; la falta de lealdad y de fe que tal pretensión representa, ofende a la Verdad infinita suficientemente manifestada. Jesús hace maravillas por amor de sus escogidos, por atender la insinuación amable de su divina Madre, por enjugar las lágrimas de la viuda de Naim, por compasión del paralítico desamparado, por afecto de amistad purísima con Lázaro de Betania, por los niños: siempre que lo requiere la gloria de su Padre o el bien de los hombres; pero por exigencias de una razón voluntariosa, por apremios de espíritus impacientes y descontentadizos, por satisfacer la curiosidad de un profano o deslumbrar a un adversario... no, no, ni hablar; vedle maniatado ante el tribunal del idumeo rey Herodes que recibe al preso con mil atenciones, ansioso de ver algún prodigio de los muchos que pregonaba la fama de Jesús; oye Este las mil preguntas, mira serenamente el rostro del adúltero y del asesino, pero ni le contesta ni menos hace milagros: se calla; prefiere ser tenido por insensato a hablar con un hipócrita tan necio; prefiere que lo vistan de loco a recibir honores de un tirano coronado y supersticioso que pudo creer en el Precursor y respetarlo, y no obstante jurar, entre vapores de vino y de voluptuosidad, dar a

una bailarina cuanto le pidiera, y mandar cortar la cabeza de quien le reprendía. Aprendamos que Jesucristo no se paga de títulos ni de halagos o riquezas, viendo la delicada insinuación con que se ofrece al soldado gentil Cornelio para ir a su casa y sanar su criado; y a la insistente súplica del cortésano Régulo se resiste, por la poca fe de quien le ruega. El mejor título que podemos alegar ante Dios es nuestro amor y nuestra confianza; fiarse de Dios es gran ciencia, es la ciencia de la fe, la razón para esperar, el signo de sinceridad en nuestras relaciones con El; fiarse de Dios es virtud de hijos, es obligar dulcemente a su corazón para que se fíe de nosotros y se adelante a darnos cuanto nos ha de hacer bien. Pero, si nos acercamos a Dios interpeándole para que demuestre quien es, como condición para juzgarle veraz o bueno, ya hemos obstruido el paso de su gracia: no lo conocemos, y El no nos reconoce; si pretendemos que haga nuestra voluntad reservándonos de hacer la suya si El nos complace, rezamos al revés de la oración; pedimos que se haga en el cielo lo que en la tierra ordena nuestra torcida voluntad. Ya nos ha dado superabundantes pruebas de amor y de sabiduría y omnipotencia y nos dará más si llega el caso: a nosotros toca el acercarnos al Señor con fe, ahuyentar de nuestra mente la duda, de nuestro corazón la arrogancia, de nuestro espíritu la petulancia de que el milagro personal y a capricho se produzca. Dios obra a distancia y a las pruebas dadas ya de la verdad y del amor no han perdido ni perderán jamás su virtud.

## EL COMUNISMO Y SU REMEDIO

### IX

La esencia del comunismo económico, que por esos mundos, hasta los intelectuales, clasifican de científico, consiste en que el hombre es centro y fin de sí mismo, como ya, en otras publicaciones, tuvimos el honor de afirmar con irrecusables pruebas. Ante los principios de la sana razón, en el dilatado campo de los conocimientos filosóficos, que con acierto admirable recorren las lumbreras esclarecidas, en presencia de los mas eminentes sociólogos del orbe, ni por razón del fin, ni por razón de la naturaleza, ni por razón del derecho, ni por razón de la experiencia debiera sostener el llamado comunismo científico el absurdo de señalar al hombre como centro único de sus actividades sociales y como absoluto fin soberano de todos sus actos vitales.

Creado el hombre sin su expresa voluntad, siendo su naturaleza y las leyes mismas de la naturaleza independientes de su ser, debe cumplir y acatar éstas con las obligación que el súbdito obedece las ordenanzas de la autoridad legítima. Esta ineludible y razonable obediencia del ser humano, por mucho que forceje y se rebele, implica necesariamente marcada relación de dependencia, que, a todas luces, derrumba el sueño dorado del comunismo científico antes aludido, demostrando con lógica inflexible que no es el hombre dueño de su mismo ser, sino que depende de su creador supremo en cuanto a la existencia, vida y último fin y depende también de las relaciones naturales y sociales, impuestas, no por contrato social, ni por voluntad tácita o expresa de sí mismo, de la ley natural, que preside providencialmente los actos todos de su vida privada y pública.

No debemos, pues, a la luz refulgente de la razón filosófica dar carta de naturaleza al comunismo científico, contradictorio en sus principios básicos, ni tampoco ante los nítidos rayos de la Revelación cristiana, que taxativamente traza al hombre caído en el Eden el camino cierto y seguro, que rehabilitándolo en el orden moral y espiritual, lo conduce de la mano amorosamente a los pies misericordiosos de su Redentor Divino, señalándole su fin ultraterreno, la patria eterna de los cielos.

Atrás, por lo mismo, ese comunismo científico fantaseado por los más bravos y valientes campeones de ambos mundos, con el cual se pretende deslumbrar las inteligencias sociales, que no deben seguir un fantasma utópico, sino mirar de frente los hechos contemporáneos, las relaciones sociales ineludibles, los principios básicos del derecho humano internacional y la constitución esencial del hombre, que no es esclavo, sino rey de la creación visible.

Atrás ese comunismo científico, que, al igual de su hijo natural y predilecto el socialismo, que, negando la malicia subjetiva, proclama ante el mundo, que el hombre está pervertido por la sociedad, pues es por su naturaleza bueno.

Atrás ese comunismo científico que pregona y decanta que las acciones u omisiones, que nosotros llamamos vicios cuando son contrarios a la ley divina y humana, son plausibles, lícitas y buenas y muchas de ellas virtudes verdaderas y satisfacciones debidas a tendencias naturales, que otros por atavismo enfermizo de espíritu reprueban.

Atrás ese comunismo científico, mediante el cual desaparece el estímulo del trabajo, recompensando igualmente la inercia y holgazanería que la laboriosidad honrada, en el cual no es posible satisfacer honradamente la tendencia natural del hombre a poseer con exclusión de otros, los bienes amasados con el sudor de su frente, teniendo que emplear para ello el dolo, la astucia, el engaño, el fraude y la fuerza.

Atrás ese comunismo científico que, igualando a todos los hombres, rompe los lazos sagrados de la fraternidad, impuestos por la cooperación desin-

teresada y de sacrificio, implantando en su lugar el mas bestial egoísmo.

Atrás, en fin, ese comunismo científico por el que se limitan las fronteras eternas de la humanidad redimida en la cumbre del Gólgota por Jesucristo, para colocar las fronteras del hombre mas acá de la muerte, en los goces sensuales y en todas las satisfacciones y tendencias psíquicas.—R. P. C.

## SAN FRANCISCO, POETA

Mucho se ha escrito en todo tiempo, y muy particularmente en nuestro siglo, acerca de San Francisco.

Mucho se ha escrito sobre su influencia en la humana sociedad, sobre su influencia en las artes, sobre su reforma social; y mucho se ha escrito también sobre el carácter distintivo o fisonomía particular de San Francisco y de su privilegiado espíritu: de ese espíritu que, teniendo su origen en él y en el Seráfico Doctor San Buenaventura, rebosa en Jacopone de Todi y en las Florecillas; mucho se ha escrito de todo esto y no siempre con acierto. Parece que cuanto más se discurre, más se confunden los principios que le constituyen.

Y es que al Asisiense se le puede considerar como *Santo*, como *Fundador* y como *Reformador*; y aunque a decir verdad estos tres aspectos parecen confundirse a primera vista, tiene cada uno sus peculiares notas, sus peculiares principios y caracteres.

Concretándose en el presente artículo a considerar a S. Francisco solamente como *Santo*, diré, que por una tradición constante del sentido común cristiano, se le viene llamando por excelencia y antonomasia con tres nombres gloriosísimos que caracterizan cual ningún otro su espíritu y son el más acabado retrato de su fisonomía espiritual: el *Seráfico*, el *Poverello*, el *Poeta*.

En efecto: todos los Santos han amado a Jesucristo con amor veheméntísimo; todos ellos han procurado seguir lo más cerca posible sus divinas huellas, llegando a ser copias más o menos perfectas del original; pero Francisco de Asís es tan enamorado amante de Jesús, y su vida tan conforme con la de Jesús desde que convertido le conoció, que trata de imitarle en todas las circunstancias y pasos de su vida, y su Regla, sin restricciones ni cortapisas, lleva por lema sencillo pero significativo: «Vivir según el Santo Evangelio»; hasta que, finalmente, vino a ensayar en sí propio una nueva crucifixión, verificada en el Gólgota franciscano, en el monte Alvernia, donde recibió la impresión de los sagrados estigmas. Milagro nuevo e inusitado que abre el camino para que después se repita el prodigio en otros Santos: transfiguración sublime que ha dado motivo para que los Romanos Pontífices le llamen con razón sobrada *Alter Christus*, o Cristo de la *Edad Media*.

Todos los Santos han sido también amantes de la pobreza, fundamento indubitable de la vida interior y de la paz que gozaron en la tierra, según la promesa del Salvador. Mas en San Francisco el amor a la pobreza llega a ser una verdadera personificación; y su enamoramiento sublime toma tales auges y vuelos, que llega esta virtud a convertirse en su dama, su señora y esposa.

La pobreza es el ideal de toda su vida, el modelo o tipo más distinguido de toda su belleza espiritual. «Fué el espíritu de pobreza y de pobreza perfecta, dice un sabio biógrafo, el signo característico de la fisonomía de San Francisco, el alma de todas sus empresas y uno de los aspectos providenciales de su misión»; pues abrazándola y divinizándola, como Cristo, ponía silencio a la lucha de los que no poseen contra de los que poseen y apretaba de este modo los ya flojos lazos de la sociedad cristiana; de manera que «no hubo jamás política más profunda ni mejor, que la de este mendigo e insensato», como dijo Bossuet.

Francisco conocía el origen divino de la pobreza, su noble genealogía; por eso acostumbraba a llamarla *hija del cielo*. A ella concedía, dice Ozanam, el poder de cautivar los corazones prendados de su hermosura y atraídos de su ideal belleza: desviarlos de la tierra y levantarlos al trato de los Angeles».

Francisco, pues, amando así la pobreza, con efusión, con entusiasmo, con locura, santamente perdido, codificó, afirma *Le Brun*, ese amor y lo erigió en cuerpo sólido de doctrina: y esa es la originalidad saliente de S. Francisco de Asís.

Pero a un corazón tan apasionado no le basta amar, pues el amor lo mismo que la voluntad no son contentadizos como entendimiento. Este queda satisfecho cuando nuestro discurso ha producido bajo una forma exacta y luminosa la verdad que concibe; por eso no pasa de la prosa, por más elocuente que ella sea. Pero el amor no es así contentadizo; por eso aspira a reproducir las bellezas que le impresionan, en un lenguaje que conmueva y arrebate.

El amor es inquieto, nada le contenta y nada le cuesta: da fuerzas y alientos a las palabras y las levanta en vuelo poético con las almas del ritmo y del canto. Por eso S. Francisco que tanto amaba, estalló en un canto, canto nuevo e inusitado; y su entusiasmo por la naturaleza, lazo común de todas las poesías, le inspiró aquel himno o *cántico del Sol*, breve, sencillo, ingenuo, pero que encierra toda su alma candorosa y ardiente.

En él hallamos, dice un escritor, su fraternal amistad con las criaturas, su caridad universal, su amor inmenso que, después de buscar a Dios en la naturaleza, después de haberle servido en la humanidad doliente, no ambiciona sino encontrarle en su paso y tránsito de la muerte. Se siente en él algo así como un aura de ese paraíso terrenal de la Umbría, donde el cielo es dorado y la tierra alfombrada de flores.

*El Cántico del Sol* es un grito y arranque de amor, y es también el grito de una poesía naciente que se extenderá y oírán por toda la tierra y cuyo iniciador es el *Seráfico*, el *Poverello*, el *Poeta* Francisco de Asís.

## LA MAYOR LIMOSNA, PARA LA BUENA PRENSA

Antes que nada, sobre todo, lo más grande, la caridad. Así es. Pero ¿no es una obra de caridad el periódico? Y ¿no pertenece al orden de las espirituales, que valen tanto más que las otras cuanto el espíritu aventaja al cuerpo?

*No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*, dijo el que era la palabra eterna. *Compadezcámonos de las turbas*: Jesucristo tuvo compasión de ellas y les dió de comer en el desierto. Hoy aqueja a la multitud en esta sociedad desierta de verdades, el hambre de leer, el hambre de periódico, y hay que alimentarla con los buenos, si no queremos que los malos la envenenen.

¡Cuán hermosa la beneficencia! Jesucristo pasó por el mundo *bene faciendo*, haciendo el bien. «Ved cómo se aman los unos a los otros», decían con envidia, al mirar a sus discípulos los paganos. Los establecimientos benéficos que para todas las necesidades y para todas las desgracias funda la Iglesia donde quiera que le es posible, son el más preciado timbre de su gloria, y el título más simpático a la consideración y al cariño de las gentes. Pero sus enemigos, ciegos voluntarios que se empeñan en no ver la luz ni dejársela ver a los otros, proclaman viciosos el origen de sus bienes y los suponen adquiridos con las peores artes, y contrarios a los principios de la economía política, y dañosos a las otras clases de la sociedad, y un arma para sostener la nefasta influencia del clericalismo. Si no hay periódicos que los defiendan, los edifi-

cios levantados por la caridad cristiana pasarán a manos de los enemigos de Cristo, y las rentas con que se los dote servirán para sostener la vagancia y el vicio de empleados laicos de un Estado sin Dios.

Lo decía el P. Alarcón Meléndez: «Los millo- nes que se emplean en fundar asilos para preservar de enfermedades y de corrupción los cuerpos, estarían mejor empleados en crear grandes empresas periodísticas que preservaran de la corrupción y perdición de las almas; muchos novísimos ingenios, prostituyen sus plumas arrastrados por la necesidad más que por las malas pasiones, se pondrían al servicio de la causa de Dios si en la prensa se les garantizara un desahogado porvenir, y esta protección decidida de las buenas letras en ese gran estadio, repercutiría con moralizadores efectos en la cátedra, en el libro y en el teatro». Y este año mismo, en la propia muy popular revista, escribió el P. Ortiz estas palabras, que holgáramos se repitiesen en todos los púlpitos: «Las mejores limosnas, los mayores legados, los principales sacrificios debían ser para la prensa católica... La limosna por excelencia en los actuales tiempos, es la que se hace a la prensa católica».

Y no temamos que por socorrer a las almas no haya con qué alimentar y vestir los cuerpos de los pobres. ¡Cuántas veces, al dar a éstos limosna, ignoramos si aquel dinero, en lugar de satisfacer sus necesidades, servirá para mantener sus vicios, y en vez de recibirlo un hermano nuestro en religión, lo recibe un enemigo del orden y de la humanidad! ¡Cuántas monedas de a cinco céntimos distribuidas entre mendigos a quienes no se conocen, estarían mejor empleadas en sostener periódicos que conocemos prestan a la sociedad un bien incalculable! La prensa no sólo administra la verdad, que es el pan del espíritu; trabaja eficazmente porque a nadie falte el pan que sustenta el cuerpo: propagando la luz de la fe, propaga el calor de la caridad; enseñando a amar a Dios, nuestro padre y nuestra recompensa, enséñanos a amar a los hombres, nuestros hermanos y coherederos; extiende nuestra religión, y la religión es la gran protectora y auxiliadora de la pobreza, es la que ofrece el cielo a cambio de los bienes de la tierra dados a nuestros prójimos, es la que nos hace ver a Jesús oculto en el pobre y recibiendo y agradeciendo siempre lo que recibe y tal vez no agradece el pobre.

¡Cuán laudable decorar las Iglesias, dotarlas de ricos vasos sagrados, desprenderse de las propias joyas para con ellas labrar la corona de la Virgen! Pero ¡cuánto lo es también dar dinero a los periódicos para iluminar con la luz de la verdad los entendimientos y adornar con las preseas de la virtud los corazones, embellecer y perfeccionar las almas para que sean sagrarios de la divinidad, templos vivos del Espíritu Santo, y copias de los rasgos sublimes que componen la vida edificante del Salvador! Cuando se piensa, escribió Fayollat, en que los Santos vendieron los vasos de plata y de oro de sus iglesias para aliviar las necesidades de los pobres, ¿no se podría manifestar el deseo de ver rebajar algo el precio de un tapiz, de una vidriera, de un sillón, de una custodia, para dar con la prensa el pan del entendimiento a las pobres gentes a quienes les falta por no tener recursos?

Y ¿qué adelantaremos con ofrecer a Dios templos de piedra, si no podemos ofrecerle los templos de las almas; con levantar iglesias, sin una voz más poderosa que la de las campanas, sin una voz que busque a los fieles en sus propias casas, en sus recreos y hasta en sus vicios, y sacuda sus corazones paralizados y hiera sus conciencias dormidas, y los haga emprender otra vez el camino del templo? La magnitud de nuestros edificios religiosos servirá para hacer ver, viéndolos vacíos, la magnitud de la indiferencia religiosa.

Conservemos las iglesias para el pueblo, pero conservemos el pueblo para las iglesias.—*Obispo de Jaca*

## DE MUCHOS SALVADORA

Cual nube que a la altura se levanta,  
quisiera se elevara mi oración.  
¡Oh Santa Teresita! La gran Santa  
que de Dios nos alcanzas protección.

Si Dios en su infinita Providencia,  
al corazón envía el sufrimiento,  
alcánzale de El la gran ciencia  
que da de lo divino el sentimiento.

Que el dolor y la pena transfigura  
y al alma entristecida le da aliento,  
a fin de que al pasar por «Noche oscura»,  
conozca de lo eterno el pensamiento.

¡Oh Santa Teresita! En tu vida,  
lecciones admirables das al alma  
que tiene del dolor sensible herida:  
lección de paz, serenidad y calma.

Tu «Infancia espiritual» es el camino  
que a las almas conduce hacia la altura,  
en donde resplandece el Sol divino  
y reina el puro Amor y la dulzura.

Tus ejemplos son rayos luminosos  
que Dios a los mortales ha enviado;  
muchos, hoy, con su luz están dichosos:  
tu ejemplo e intercesión les ha salvado.

FR. ZENÓN DE ARENYS DE MAR, O. M. C.

Cartago, Septiembre de 1932.



## LA JOYA UNICA

Cruzando el desierto, un viajero vió a un árabe sentado al pie de una palmera. A poca distancia reposaban sus caballos, pesadamente cargados con objetos de valor.

Aproximóse a él y le dijo:

—Parecéis muy preocupado. ¿Puedo ayudaros en algo?

—¡Ay!— respondió el árabe con tristeza.—Estoy muy afligido porque acabo de perder la más preciosa de las joyas.

—¿Qué joya era esa?— preguntó el viajero.

—Era una joya—le respondió su interlocutor—como no volverá a hacerse otra. Estaba tallada en un pedazo de piedra de la Vida y había sido hecha en el taller del Tiempo. Adornábanla veinticuatro brillantes, y alrededor de los cuales se agrupaban sesenta más pequeños. Ya véis cómo tengo razón al decir que joya igual no podrá reproducirse jamás.

—A fe mía—dijo el viajero—vuestra joya debía ser preciosa. Pero ¿no creéis que con mucho dinero puede hacerse otra análoga?

—La joya perdida—respondió el árabe, volviendo a quedar pensativo—era un día, y un día que se pierde no vuelve a encontrarse más.

## LA CASA MODELO

Un habitante del condado de Lancashire se ufana de poseer la casa modelo, la casa maravilla del siglo xx. Este afortunado propietario, si ustedes desean conocerle, es el señor don Jorge Palin, quien todo lo arregla por medio de la electricidad, que manifiesta tener cualidades insuperables para criada. En efecto, ella acude inmediatamente al llamamiento, no sale respondona, no lee las cartas, no se come los platos de los amos, ni se pone los sombreros y las medias de la senora, ni fuma los tabacos del señor. Moviendo una llave desde su cama, el señor Palin, abre o cierra automáticamente todas las puertas y ventanas de la casa, hace calentar el café en la cocina.

No envidien ustedes al señor Jorge Palin. Su casa de ustedes, queridos lectores, aunque humilde y pobre, aunque sea una casa de vecindad, puede llegar a ser la casa modelo, la casa maravilla del siglo xx, mejor que la casa eléctrica de Palin. Pongan un marido sobrio, trabajador, amante de su

casa, una esposita cariñosa, hacendosilla, alegre, y poco hablantina, media docena de niños mofletudos y dóciles, un cuadro del Sagrado Corazón que indique que allí está entronizado Cristo Rey, una biblioteca religiosa, una suscripción a una revista religiosa que entre cada semana a dar buenos consejos, y tendrán ustedes la casa modelo del siglo xx.

Una preguntita:

¿Cuál es la casa modelo? la que mejor se parezca a la Casa de Nazaret.

## SI AMAS A DIOS

Si amas a Dios, en ninguna parte has de sentirte extranjero, porque El estará en todas las regiones, en lo más dulce de todos los países, en el límite indeciso de todos los horizontes.

Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque a pesar de la diaria tragedia, El llena de júbilo el Universo.

Si amas a Dios, no tendrás miedo de nada ni de nadie, porque nada puede perder, y las fuerzas del Cosmos serían impotentes para quitarte tu heredad.

Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde ni el más elevado.

Si amas a Dios, ya no podrás establecer con angustia una diferencia entre la vida y la muerte, porque en El estás y El permanece incólume a través de todos los cambios.

## UNA NUEVA PRUEBA DE MARCONI

El célebre ingeniero ensayó en presencia del Papa un nuevo sistema de onda ultra-corta para comunicarse entre el Vaticano y Castel Gandolfo, a 15 millas de distancia. El resultado es sorprendente. Nadie puede interceptar la comunicación radio-telefónica. Se mantiene así el secreto que sea necesario. El Sumo Pontífice, abanderado del progreso y entusiasta por esta rama de la ciencia, felicitó calurosamente al gran inventor.

Imp. «EL HERALDO», Cartago